

La excelencia del matrimonio

Arthur Pink (1886-1952)

“Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin manilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios” (Heb. 13:4).

Así como Dios entreteje y junta los huesos y los tendones para el fortalecimiento de nuestro cuerpo, él ha ordenado la unión matrimonial entre el hombre y la mujer para el fortalecimiento de sus vidas ya que *“mejores son dos que uno”* (Ecl. 4:9). Por esa razón, cuando Dios hizo a la mujer para el hombre, dijo: *“le haré ayuda idónea para él”* (Gén. 2:18), mostrando así que el hombre, al tener una esposa, es muy favorecido.

Como se trata de un tema tan vital en la actualidad, vamos a presentar un esbozo bastante completo de lo que enseñan las Sagradas Escrituras sobre el matrimonio, con el fin de beneficiar a los jóvenes lectores, aunque confiados en que también será útil para los mayores.

Aunque suene como una declaración trivial, tal vez por la frecuencia con que se repite, no deja de ser importante: luego de la conversión personal el matrimonio es el evento terreno más trascendental en la vida de un hombre o de una mujer. Forma un lazo que los une hasta la muerte. Se les pone en una relación tan íntima, que pueden endulzar o amargar la existencia del otro. Es una relación que tendrá implicaciones y consecuencias para esta vida y la eternidad.

Cuán esencial es, entonces, que tengamos la bendición del cielo sobre una empresa tan solemnemente preciosa, y para ello, es absolutamente necesario que estemos sujetos a Dios y a Su Palabra.

Es mucho mejor permanecer soltero hasta el fin de nuestros días, que ingresar al estado matrimonial sin la bendición divina sobre él. Tanto la historia como los hechos diarios que vemos a nuestro alrededor dan abundante testimonio de esta afirmación.

Incluso, aquellos que no van más allá de la búsqueda temporal de la felicidad de los individuos y que solo se interesan por el bienestar actual de la sociedad, no son insensibles a la gran importancia de nuestras relaciones domésticas o internas, las cuales contienen afectos férreos y seguros, ellas son como el cemento que nos une a pesar de nuestras debilidades.

No podemos formarnos ningún concepto de la virtud social, ninguna concepción de la felicidad humana, que no tenga su fundamento en la familia. No importa cuán grande sea la constitución o las leyes de un país, o lo vasto de sus recursos y su prosperidad material; no

existe ninguna base segura para el orden público o social que no esté arraigado en la sabia regulación de las familias.

Después de todo, una nación no es sino la agrupación de sus familias, y a menos que sean buenos esposos y esposas, padres y madres, hijos e hijas; no es posible que sean buenos ciudadanos.

Por lo tanto, la decadencia actual en la vida y disciplina familiar pone en peligro la estabilidad de nuestra nación, con más fuerza que cualquier ataque de otras naciones o potencias.

Pero, a la luz de las Sagradas Escrituras, cuando analizamos las funciones de los miembros de una familia cristiana, podemos ver el cuadro desastroso de los efectos producidos por el pecado, los cuales deshonran a Dios, muestran el desastre de la condición espiritual de las iglesias y levantan grandes obstáculos para el progreso del evangelio.

Lo más triste es ver que muchos cristianos profesantes son ellos mismos responsables de la reducción de las normas maritales, el desconocimiento general de las relaciones entre los miembros de la familia y la rápida desaparición de la disciplina en el hogar.

Entonces, como el matrimonio es la base de la familia, invito a mis oyentes a una consideración seria de la voluntad revelada de Dios sobre este tema tan vital.

A pesar de que no podemos detener totalmente el avance de la terrible enfermedad que ahora está comiendo las entrañas mismas de nuestra nación, esperamos que Dios bendiga a algunos matrimonios a través de estos estudios, así nuestro trabajo no será en vano.

1. Honorabilidad del matrimonio. Vamos a comenzar señalando la excelencia del matrimonio “*Honroso sea en todos el matrimonio*”, dice nuestro texto, y esto es primero que todo porque Dios mismo le ha dado un honor especial al matrimonio. El matrimonio es honorable.

a. Dios el Padre lo ha honrado. Todas las otras ordenanzas o instituciones (excepto el día de reposo) fueron designadas por Dios a través de hombres o ángeles (Hech. 7:35), pero el matrimonio fue instituido directamente por Dios; ningún hombre o ángel trajo la primera esposa a su marido, sino Dios mismo (Gén. 2:19).

De esta manera, el matrimonio tiene más honor divino puesto sobre él que todas las otras instituciones divinas porque fue solemnizado directamente por Dios. Repito, esta fue la primera ordenanza instituida por Dios; esto fue lo primero que él hizo, luego de crear al hombre y a la mujer, estando aún en su estado no caído.

Por otra parte, el lugar donde se produjo el matrimonio muestra la honorabilidad de esta institución; mientras que las otras ordenanzas (excepto el día de reposo) se instituyeron fuera del paraíso, el matrimonio fue solemnizado en Edén, dando a entender que son muy felices los que se casan en el Señor (es como vivir en el Paraíso).

La corona del acto creativo de Dios fue la creación de la mujer. Al final de cada día de la creación se registra que Dios vio lo que había hecho y era bueno en gran manera. Pero cuando Adán fue hecho se registra explícitamente que Dios vio que no era bueno que el hombre estuviera solo (Gén. 2:18).

En cuanto al hombre, el trabajo no estaba completo, hasta que, como todos los demás seres, se encontrara para él una ayuda idónea, su homólogo y compañera. Sólo cuando Adán tuvo su compañera, la Biblia dice que el día sexto también fue bueno, en gran manera.

Esta es la primera gran lección de la vida familiar, y debe ser bien aprendida... La institución divina del matrimonio enseña que el estado ideal del hombre y la mujer no está en la separación sino en la unión, cada uno está equipado y destinado para el otro (el hombre para la mujer y la mujer para el hombre).

El ideal de Dios es tal unión, basada en el amor puro y santo, que dura toda la vida, exclusivo y aparte de toda rivalidad o de otra asociación; libre de alienación o infidelidad, porque es una unión en el Señor, un matrimonio sagrado del alma y del espíritu en simpatía y afecto mutuo.

b. Dios el Hijo lo ha honrado. Así como el padre honró la institución del matrimonio, de la misma manera lo hizo el Hijo de Dios. *En primer lugar*, por su ser “nacido de mujer” (Gál. 4:4).

En segundo lugar, por medio de sus milagros, porque la primera señal sobrenatural que él obró fue en las bodas de Caná de Galilea (Juan 2:8), donde él convirtió el agua en vino; dando así a entender que si Cristo está presente en tu boda (es decir, si te “casas en el Señor”) tu vida será gozosa y bendecida.

En tercer lugar, por su parábolas, porque él comparó el Reino de Dios con el matrimonio (Mt. 22:2) y la santidad con un vestido de bodas (Mt. 22:11).

En cuarto lugar, por sus enseñanzas: cuando los fariseos trataron de atraparlo en el tema del divorcio, él puso su punto de vista en la constitución original del matrimonio, añadiendo que “*lo que Dios juntó, no lo separe el hombre*” (Mt. 19:4-6).

c. Dios el Espíritu Santo la ha honrado. La institución del matrimonio ha sido también honrada por el Espíritu Santo, porque la ha utilizado como una figura de la unión que existe

entre Cristo y la Iglesia: “*Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la Iglesia*” (Ef. 5:31-32).

La relación que existe entre el Redentor y los redimidos se compara, una y otra vez, a la que existe entre un hombre y su esposa: Cristo es el esposo (Is. 54:5), y la Iglesia es la esposa (Ap. 21:9). “*Convertíos, hijos rebeldes, dice Jehová, porque yo soy vuestro esposo*” (Jer. 3:14). Cada persona de la Trinidad ha marcado con su sello la honorabilidad del estado matrimonial.

No hay duda de que en el matrimonio verdadero cada parte ayuda a la otra igualmente, y en vista de lo que hemos dicho anteriormente, cualquiera que se aventura a enseñar otra cosa sobre esta doctrina tendrá problemas con el Altísimo.

Esta doctrina no establece una regla inamovible de que cada hombre y mujer están obligados a contraer matrimonio: pueden haber buenas y sabias razones para permanecer solteros. *Sin embargo, la soltería de por vida debe considerarse como algo excepcional... más que ideal.*

Cualquier enseñanza que conduce a los hombres y mujeres a pensar en el vínculo matrimonial como signo de esclavitud y el sacrificio de la independencia o de la libertad, que interpreta el ser esposas o madres como servidumbre o la interferencia con la realización de la mujer; cualquier sentimiento que cultiva el celibato como un estado más deseable y honorable y que substituye el matrimonio y el hogar por cualquier otra cosa; no sólo está en contra de la ordenanza de Dios, sino que abre las puertas a pecados innumerales y amenaza los fundamentos mismos para preservación de la sociedad.

2. Motivaciones correctas para el matrimonio. Ahora, es claro que el matrimonio debe tener motivaciones correctas. La Escritura nos da tres:

a. En primer lugar, para la propagación de la raza humana. Este es su propósito obvio y normal. “*Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó*” (Gén. 1:27). Dios no hizo a dos hombres o dos mujeres, sino, un hombre y una mujer; un macho y una hembra. Por eso Dios dijo: “*Fructificad y multiplicaos*” (Gen. 1:28). En inglés la palabra usada para matrimonio es *marriage*, la cual tiene la connotación de “*edad para ser madres*” (motherage). El matrimonio permite que las vírgenes lleguen a ser madres.

Por lo tanto, es deseable que el matrimonio sea celebrado en una edad temprana, antes de que la flor de la vida pase. Dos veces en la Escritura leemos de “*la mujer de tu juventud*” (Prov. 5:18; Mal. 2:15).

Hemos señalado que el fin “normal o natural” del matrimonio es la propagación de la raza humana, sin embargo, hay ocasiones especiales de calamidad, de aguda “necesidad” cuando es válido lo que dijo Pablo: “*Pero esto digo, hermanos: que el tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen*” (1 Cor. 7:29).

b. En segundo lugar, el matrimonio ha sido creado como una forma de prevenir la inmoralidad sexual. “*Pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido*” (1 Cor. 7:2).

Si pudiéramos pensar en alguien que tuviese razones para mantener vida íntima con más de una mujer, estos son los reyes, pues, si su esposa fuese estéril, y siendo que ellos debían dejar un heredero para el trono, entonces, ellos, suponemos, estarían autorizados para buscar otra mujer; pero ni siquiera esto es razón suficiente para hacerlo: “*Ni tomará para sí muchas mujeres, para que su corazón no se desvíe*” (Deut. 17:17).

Por esta razón a la prostituta se le llama “*mujer extraña*” (Prov. 2:16), mostrando que ella debe ser extraña para nosotros; además, a los niños nacidos fuera del matrimonio se les llama “*bastardos*” (Deut. 23:2), razón por la cual fueron excluidos de la congregación de Jehová.

c. En tercer lugar, el matrimonio ha sido dado para evitar los inconvenientes de la soledad. Esto es también lo que significa “*No es bueno que el hombre esté solo*” (Gén. 2:18). Es como si el Señor hubiese dicho: “*Esta vida será molesta y triste sino le fuese dada una esposa como compañera*”. “*¡Ay del solo! Que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante*” (Ecl. 4:10). Por lo tanto, con el fin de la ayuda mutua y la comodidad, Dios unió al hombre y a la mujer para que las preocupaciones y los temores de esta vida puedan ser llevados más fácilmente por la alegría y la ayuda de los dos.

3. Consideremos algunos principios bíblicos para la elección de nuestra pareja:

a. En primer lugar, la persona seleccionada para ser nuestra compañera en la vida debe estar fuera de los grados de parentesco prohibidos por la Ley de Dios: “*Ningún varón se llegue a parienta próxima alguna, para descubrir su desnudez. Yo Jehová*” (Lev. 18:6): Padre, madre, hijo, hija, madrastra, padrastro, hermana, hermano, mediohermano, mediahermana, nieto, nieta, tío, tía, sobrino, sobrina, nuera, yerno, cuñado, cuñada (Lev. 18:6-18).

b. En segundo lugar, el cristiano debe casarse con un cristiano. Desde los primeros tiempos, Dios ha mandado que el pueblo “*habitará solo*” “*y no será contado entre las naciones*” (Num. 23:9). Dios le mandó a Israel, respecto a los cananeos “*Y no emparentarás con ellas; no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo*” (Det.

7:3). ¿Cuánto más, entonces, Dios requiere la separación de los que son su pueblo por ese lazo espiritual y celestial que los une? “*No os unáis en yugo desigual con los incrédulos*” (2 Cor. 6:14).

Solo hay dos familias en este mundo: los hijos de Dios y los hijos del diablo (*En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo...* Juan 3:10). Si una hija de Dios se casa con un hijo del maligno, se convierte en nuera de Satanás. Si un hijo de Dios se casa con una hija del maligno, se convierte en yerno de Satanás. Por un paso tan infame, se da una relación de afinidad y familiaridad entre uno que pertenece a la clase más alta y digna, con otro que pertenece a su archi-enemigo.

Este parece ser un lenguaje fuerte, pero no es tan demasiado fuerte.

Gran deshonor se le causa a Cristo con esta unión perversa, y una amarga cosecha se obtendrá de esta siembra. En todos los casos de matrimonios mixtos es el pobre creyente el que sufre. Así como un atleta no puede esperar una buena carrera si lleva un gran peso sobre sí, un cristiano no podrá esperar algún progreso espiritual si se casa con un mundano.

Si algún oyente cristiano espera casarse, la primera pregunta que tengo para él o para ella, con el fin de que la sopesa en la presencia del Señor, es: ¿te casarías con un incrédulo? Porque si usted es realmente creyente, el alma y el corazón es consciente de la tremenda diferencia que Dios, en su gracia, ha puesto entre ti y los incrédulos que todavía están en sus pecados, así ellos sean atractivos según la carne; por lo tanto, no deberías tener ninguna dificultad en rechazar todas las sugerencias y propuestas de hacer una causa común con esta clase de personas.

Usted es “*la justicia de Dios*” en Cristo, pero los no creyentes son “*injustos*”. Usted es “*luz en el Señor*”, pero ellos son tinieblas. Usted ha sido trasladado al reino del amado Hijo de Dios, pero los no creyentes están bajo el poder de Belial. Usted es un hijo de paz, mientras que los incrédulos son hijos de ira; por lo tanto, obedece la voz del Señor que te dice. “*Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré*” (2 Cor. 6:17).

Ningún creyente podrá establecer una amistad profunda con el incrédulo si antes no ha perdido la dulzura de la comunión con el Señor.

Los afectos deben ser retirados primeramente de Cristo antes de que podamos encontrar placer en la intimidad social con aquellos que están alejados de Dios y cuyos intereses sólo están puestos en este mundo.

El Hijo de Dios debe guardar su corazón con toda diligencia (Prov. 4:23). No puede tener ninguna alegría en la intimidad con los incrédulos. Con cuánta frecuencia la búsqueda o la aceptación de una estrecha amistad con los incrédulos es el primer paso para alejarse de Cristo.

El camino que el cristiano está llamado a recorrer es muy angosto, pero si trata de ampliarlo está en contravención de la Palabra de Dios, lo cual será para su propio mal, y le causará un daño irreparable y una gran pérdida.

c. En tercer lugar, “casarse... en el Señor” (1 Cor. 7:39). Esto va más allá de la prohibición de casarse con un incrédulo. Incluso, tratándose de hijos de Dios, no sería adecuado casarse con cualquiera de ellos.

Una cara bonita, es un atractivo, pero ¡cuán vano es iniciar una empresa por tan poca cosa! Los bienes terrenos y la posición social tienen su valor aquí, sin embargo, esta es una pobre y débil base para construir sobre ella una empresa tan grande y solemne como el matrimonio.

Se necesita mucha vigilancia y un espíritu de constante oración para que nuestros afectos y emociones sean regulados. ¿Cómo encontrar a una persona cuyo temperamento será afín con el mío, que sea capaz de soportar con paciencia mis defectos, que sea un correctivo para mis pecaminosas tendencias, y que sea de gran ayuda en mi deseo de vivir para Cristo en este mundo? ¿Quién puede protegerme de la serie de males que aquejan a los incautos, sino sólo Dios mi padre?

“La mujer virtuosa es corona de su marido” (Prov. 12:4). Una esposa piadosa y competente es la más valiosa de todas las bendiciones temporales que nos da Dios. Ella es un don especial de Su gracia: *“La casa y las riquezas son herencia de los padres; mas de Jehová la mujer prudente”* (Prov. 19:14), y Dios necesita ser buscado diligentemente en este asunto (Gén. 24:12). No es suficiente contar con la aprobación de los amigos o de los padres, aunque es valiosa y necesaria, pues, ellos se preocupan por nuestra felicidad y bienestar, sin embargo, su sabiduría no es de largo alcance.

El que dio la ordenanza debe necesariamente tener el primer lugar en la decisión que tomemos, si es que queremos tener su bendición. Ahora, la oración no pretende ser un sustituto para asumir nuestra responsabilidad en la toma de sabias decisiones: estamos siempre obligados a ser cuidadosos y discretos y nunca debemos actuar rápida o temerariamente.

“*El que halla esposa (en el Señor) halla el bien, y alcanza la benevolencia de Jehová*” (Prov. 18:22). “Halla” significa una búsqueda definida. Para guiarnos en esta búsqueda, el Espíritu Santo nos ha dado dos reglas o salvedades:

En primer lugar, la piedad, porque nuestra pareja debe ser como la esposa de Cristo: pura y santa. El hombre debe ser como Cristo.

En segundo lugar, la aptitud, porque la esposa debe ser “*ayuda idónea para él*” (Gén. 2:18). Una mujer no puede ser “ayuda” a menos que ella lo “complemente”, pues, ella debe tener mucho en común con su compañero. Si el marido es un hombre trabajador, sería una locura para él elegir a una mujer perezosa. Si es un hombre culto, una mujer sin amor por el conocimiento no sería lo más adecuado. Un hombre que anhela servir al Señor como pastor, predicador o misionero, no debe buscar una mujer apática a estas funciones.

Al matrimonio se le llama un “yugo”, y dos no pueden llevar la carga si el compañero elegido está débil o enfermizo.

Ahora, para el beneficio de los más jóvenes, vamos a señalar algunas de las marcas por las cuales puede ser identificado un compañero apto y piadoso:

En primer lugar, la reputación. Un buen hombre, comúnmente tiene un buen nombre. (“*De más estima es el buen nombre que las muchas riquezas, y la buena fama más que la plata y el oro*” Prov. 22:1). Nadie puede acusarlo de pecados abiertos.

En segundo lugar, el semblante o aspecto. Nuestras miradas revelan nuestro carácter, por lo tanto, la Escritura habla de “*miradas orgullosas*” e Isaías dice: “*La apariencia de sus rostros testifica contra ellos; porque como Sodoma publican su pecado, no lo disimulan*” (Is. 3:9).

En tercer lugar, la forma como hablan y el contenido de sus conversaciones. “*Porque de la abundancia del corazón habla la boca*” (Mt. 12:34). “*El corazón del sabio hace prudente su boca, y añade gracia a sus labios*” (Prov. 16:23). “*Abre su boca con sabiduría, y la ley de clemencia está en su lengua*” (Prov. 31:26). Una mujer indiscreta con la lengua, apresurada e inmisericorde en lo que dice, dista de ser piadosa. Un hombre cuyo tema de conversación siempre está centrado en los logros terrenos, aspiraciones vanales, y asuntos triviales, dista de ser como Cristo.

En cuarto lugar, la forma como viste. Una mujer virtuosa es conocida por la modestia de su atuendo. Si la ropa es vulgar o llamativa, el corazón es vano.

En quinto lugar, por las compañías que frecuenta. Las aves del mismo plumaje vuelan juntas. Una persona puede ser conocida por la clase de amistades que tiene.

Es necesario dar aquí una palabra de advertencia. No importa con cuánto cuidado y oración escojas a tu pareja, no vas a tener un matrimonio perfecto, ni encontrarás a la pareja perfecta. No es que Dios no sea perfecto, sino que el hombre cayó en el pecado, y la caída lo ha estropeado todo. La manzana todavía puede ser dulce, pero tiene un gusano dentro.

La rosa no ha perdido su fragancia, pero las espinas crecen con ella. Voluntaria o involuntariamente en todas partes hay que leer la ruina que el pecado ha traído. Entonces, no podemos soñar con encontrar una persona intachable, pues, esto no es más que una fantasía enfermiza que los novelistas describen.

Los hombres y las mujeres más piadosos tienen sus defectos, y aunque sea fácil sobrellevarlos cuando hay amor verdadero, es algo todos deben llevar.

Aplicaciones:

Algunos cristianos temen pensar en el matrimonio y rechazan en su mente la idea de casarse, pero cuando este pensamiento no está fundamentado en un llamado especial y evidente que Dios les haya dado, como al apóstol Pablo, de servir a Cristo en labores donde mejor es hacerlo en soltería; ellos están resistiendo la voluntad revelada de Dios que ha dicho: "*Honroso sea en todos el matrimonio*".

Cualquier visión del matrimonio que demerite el honor que Dios le ha dado es un pecado, y es necesario arrepentirse de ello. Es una deshonra a Dios cuando un cristiano, teniendo la posibilidad de casarse, y no mediando un llamado especial que evidencie la necesidad de permanecer soltero, rechaza esta posibilidad por temor: temor a los hombres, temor a los problemas que se viven en el matrimonio, temor a sufrir los dolores del parto, temor a perder su egoísta libertad, temor a troncar su exitosa carrera. También hay que arrepentirse de ello, y confiar en el perdón de Cristo.

Ahora, se debe poner una nota de equilibrio, pues, no ignoramos que la situación actual es de desigualdad entre el número de mujeres y hombres que existen en el mundo. Hay mayor número de mujeres, lo cual significa que no todas podrán casarse. Las iglesias cristianas por lo general cuentan con un mayor porcentaje de mujeres, dificultando el que todas puedan encontrar pareja en el Señor.

Esto significa que si usted no pudo casarse, porque *no llegó* esa pareja en el Señor, no debe experimentar ninguna clase de frustración, pues, no estuvo en usted el desobedecer la Palabra revelada de Cristo, sino que esa fue la providencia para usted. En dicho caso, viva para Cristo, su verdadero esposo, sírvale y gócese en él. Deléitese en su compañía. Dios será suficiente para satisfacer su soledad.

Termino con una palabra para los casados: ¿Si Dios honró al matrimonio y le dio un lugar honorable, se atreve usted a deshonrarlo? Tenga cuidado con la forma en que ahora mira a su esposo o esposa. Tenga cuidado por la forma como trata de resolver los problemas conyugales, pues, sólo con mencionar la palabra “divorcio” o “separación” usted está deshonrando aquella institución que por sobre el resto de instituciones y ordenanzas recibió la más grande bendición del cielo. Arrepiéntase de este pecado, y siéntase dichoso de estar en tan alta dignidad, como lo es el estado matrimonial.